

CONTINUIDAD DESPUÉS DE LA VIDA

MARK WIGLEY



¿Qué significa completar la obra de un arquitecto después de su muerte? ¿Incide negativamente en los proyectos la ausencia de quien los concibió, o es posible que la voluntad de ese arquitecto continúe viva en las amorosas manos de colaboradores, socios y colegas? ¿Puede en realidad el arquitecto sobrevivir en la obra, revitalizada su memoria en una suerte de homenaje a través de la delicadeza del diseño? Y concretamente, ¿qué sucede cuando la obra de un 'maestro' se termina tras su muerte? ¿Qué supone concluir el trabajo de un arquitecto cuya forma de hacer se considera tan única que suscita la admiración, la curiosidad e incluso la incredulidad de todos? Una forma de hacer aparentemente irreplicable en la que no cabe que intervengan otras manos, por mucho que esas manos hayan estado guiadas por la de quien ya no está. Y aun más, ¿qué significa completar las obras de Enric Miralles, a quien tanto se valoró por su especial forma de dejar atrás todo tipo de precedentes, incluidos los suyos propios? Aunque Miralles falleció el 3 de julio de 2000, varios de sus proyectos más importantes no se han terminado hasta ahora. Quienes publicamos panegíricos de nuestro amigo en un fallido intento de reflejar toda la dimensión de su pérdida para la arquitectura tenemos que aceptar ahora la belleza palpable de su presencia en esos edificios, incluso —y especialmente— cuando lo construido no se corresponde exactamente con lo que él proyectó.

Existen muchos ejemplos conocidos de este dilema, muchos maestros cuyas obras se completaron póstumamente. Aunque a veces se aplauda y otras se desapruebe, esa cuestión casi nunca se suscita, como si se prefiriera imaginar que el arquitecto fue capaz de guiar la terminación de la obra tras su muerte. Y esto es así sobre todo cuando el edificio que se completa es uno de los más valorados de la trayectoria del arquitecto en cuestión, la obra que confirma su maestría, como el caso del Banco Nacional de Arne Jacobsen, que se terminó siete años después de su muerte; como en el de Kahn con el Center of British Art de Yale y el Capitolio de Dhaka, cuyas obras se prolongaron respectivamente tres y nueve años después de su fallecimiento, o el considerable número de proyectos de Eero Saarinen que acabaron de construirse sin él, algunos tan importantes como la Terminal de la TWA, el Gateway Arch, la Sede de John Deere y la Terminal del aeropuerto Dulles, los cuatro concluidos entre uno y seis años después de su muerte. A pesar de ello, rara vez pensamos en las implicaciones más profundas de este extraño efecto de la otra vida.

La primera cosa a reconocer es que lo mismo puede decirse de todos los arquitectos. Los arquitectos nunca se retiran. Simplemente acaban estando más y más ocupados e inevitablemente hay cosas que dejan a medias. De hecho, casi siempre se trata de obra incompleta, desde croquis primeros, o de tanteo, a maquetas de concursos ganados, pasando por planos de ejecución y por edificios a los que únicamente les falta el revestimiento. El destino de todo arquitecto es dejar tras de sí obra inacabada que concluyen otros. Las importantes apuestas culturales y económicas que se hacen incluso en el más pequeño de los edificios y el prolongado marco temporal de construcción implican que los arquitectos nunca se van sin más; se les recuerda, y todo lo que de su actividad más les apasionó juega un papel en esa otra vida. Incluso podría argumentarse que la figura de un arquitecto sólo toma realmente forma cinco o seis años después de su muerte. La obra en la otra vida cambia la percepción que teníamos de la obra en vida. Al fin y al cabo no es tan complicado. Es únicamente en la otra vida cuando la vida se hace visible como tal. Pero sólo se hace visible como aquello que antecede y culmina en la repentina ausencia. En cierto sentido, la mayoría de los arquitectos actúan como si realmente no tuvieran una vida, como si cada segundo de tiempo tuvieran que dedicarlo a perseguir un esquivo ideal arquitectónico. Y cada proyecto representa la última oportunidad de alcanzar ese ideal; cada momento se dedica a crear una sensación de impulso en pos de ese objetivo final.

El hecho de que un arquitecto pueda producir su mejor obra después de muerto no es por tanto algo extraño, sino un síntoma de los siempre extraños ritmos de la arquitectura. O por decirlo de otro modo: la muerte es algo que se palpa en los estudios de arquitectura. Los arquitectos la esperan, viven con ella, diseñan para ella. Todo su universo se organiza alrededor de este hecho, empezando por la simple idea de que un edificio puede representar el pensamiento de un arquitecto cuando éste ha abandonado el mundo. Todo el 'drama' profesional del encargo —la seducción, la propuesta, la negociación, la interminable reconsideración del diseño, la documentación y la construcción— se establece alrededor de la idea de que el edificio sobrevivirá a quienes lo han concebido y materializado. No por casualidad, Adolf Loos consideraba que la tumba era la auténtica obra de arquitectura. La arquitectura tiene más que ver con quienes se han ido que con los que están presentes. O más exactamente: permite que los ausentes permanezcan, que la vida de los arquitectos se prolongue en sus obras.

AFTER-LIFE IN PROGRESS

MARK WIGLEY



What does it mean to complete the work of an architect after his or her death? Are projects fundamentally weakened by the absence of the main designer or can the will of the architect live on in the loving hands of apprentices, partners, and colleagues? Can the architect actually live on in the work, revitalized in a kind of homage through tender design? In particular, what happens when the work of a 'master' is completed after they have gone? What does it mean to finish the work of a designer whose touch is seen to be so unique that it commands the admiration, curiosity and even disbelief of all, a seemingly unrepeatable touch that could only be compromised by others, no matter how much they had been affected by the one who is no longer there? More precisely, what does it mean to complete the works of Enric Miralles Moya, so celebrated for his special way of leaving behind all precedent, including his own? Even though he left us on the 3rd of July 2000, his major projects have only just been finished. Those of us who published eulogies for our friend, in a failed attempt to capture the full dimension of the loss to architecture, now have to come to terms with the palpable beauty of his presence in these recently finished buildings, even, if not especially, when the design has changed from what he had visualized.

There are so many famous examples of this dilemma, so many masters whose work has been completed posthumously. Sometimes there is acclaim and sometimes disapproval, but usually the question is never raised, as if it were preferable to simply imagine that the architect was able to guide the work after death. This is especially so when the completed building is one of the most celebrated of an architect's life, the works with which mastery is confirmed, such as Arne Jacobsen's National Bank building, completed seven years after his death, the Yale Center of British Art and the Capital Complex in Dhaka, completed three and nine years after Kahn's death, and a remarkable number of Eero Saarinen's most admired projects, including the TWA terminal, the Gateway Arch, John Deere Headquarters, and Dulles Airport terminal, which were completed from one to six years after he died. Yet we rarely think about the deeper implications of this strange effect of an afterlife.

The first thing to recognize is that this happens to all architects. Architects never retire. They only get busier with time, so inevitably pass away in mid-project. In fact, they almost always leave us an array of incomplete work, from opening sketches for a commission, winning competition models and finished working drawings, to built works that are only missing the final skin. It is the destiny of every architect to leave behind unfinished work and have it finished by others. The major cultural and economic investments at stake in even the smallest building and the very long time frame of construction mean that architects never simply go away. They linger, and all that that the field cares about most passionately plays itself out in that afterlife. It could even be argued that it is only in the five or six years after an architect's death that the figure of the architect really takes shape as a life. The work in the afterlife changes the way we see the work in the life. It is not so complicated in the end. It is only in the afterlife that life becomes visible as such. But it only becomes visible as that which precedes and culminates in this sudden absence. In a sense, most architects act as if they do not really have a life; that every second they have must be devoted to the pursuit of an elusive ideal design. Every project could be the last chance to get it right. Every moment is devoted to creating a sense of momentum across the final threshold.

The fact that the best work of an architect can be produced after their death is therefore not a strange event, but a symptom of the always strange rhythms of our field. To put it the other way around, death is always palpable in the studio. Architects expect it, live with it and design for it. The whole field is organized around it, starting with the simple idea that a building can represent the thinking of an architect when they are gone. The whole professional drama of the commission—seduction, design, negotiation, endless redesign, documentation and construction—is organized around the thought that the building will stand there after the people who produced it are gone. It is not by chance that Adolf Loos finds the true work of architecture in the tombstone. Architecture is more about the people who are gone than about those that are present. More precisely, it allows those who are absent to remain, starting with the architect.